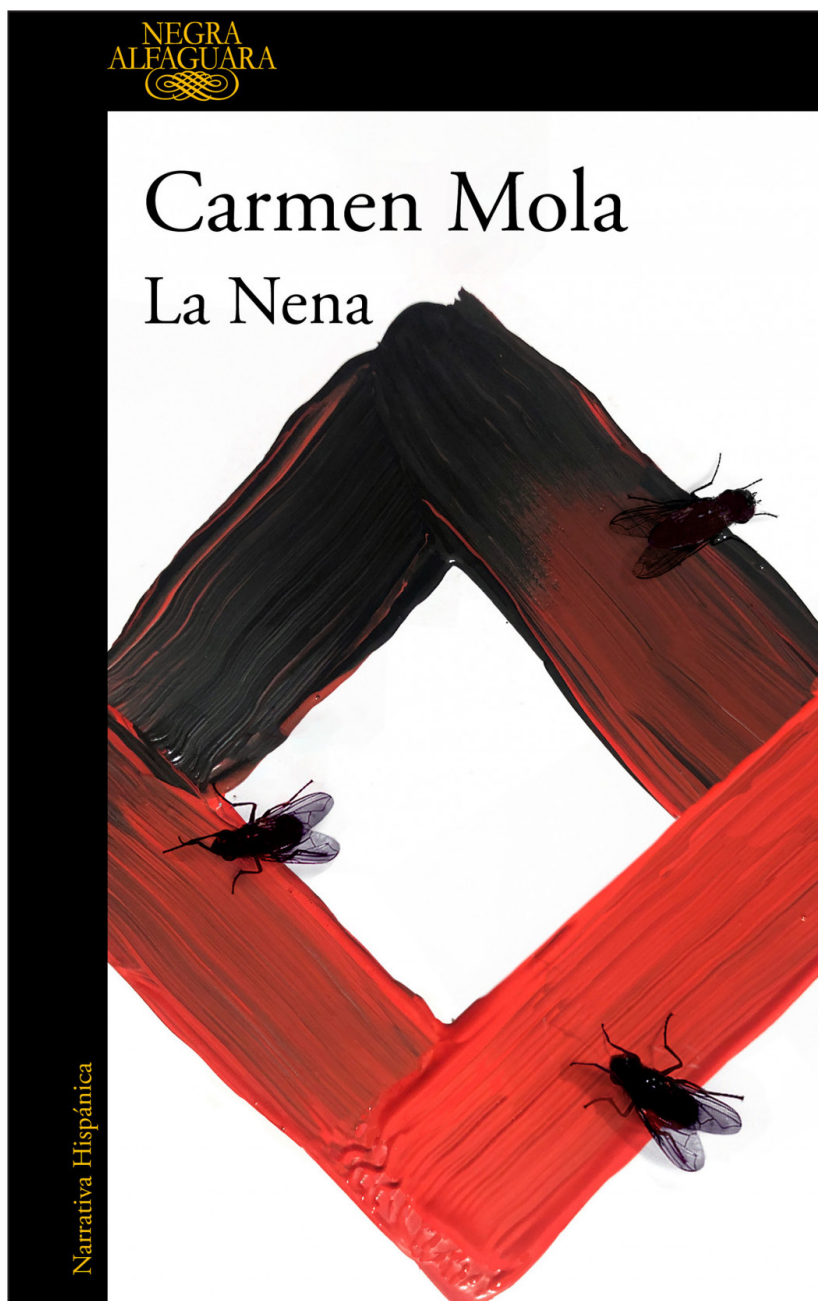




Guía de lectura

Pertenece a la serie **La novia gitana**



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

El tercer volumen de la saga protagonizada por la inspectora Elena Blanco se centra en la desaparición de la subinspectora Chesca, después de una noche de fiesta por Madrid. Esa noche conoce a un hombre, parece una aventura corriente, pero a la mañana siguiente despierta desnuda y atada en una cama. En la Brigada de Análisis de Casos la echan de menos y no tardan en

ponerse manos a la obra. Además de su compañero de trabajo (y amante), recuperan para la búsqueda a la inspectora Elena Blanco, retirada de la BAC tras la debacle que supuso el caso de la Red Púrpura y que en estos momentos lidia con una madre de alta alcurnia preocupada por su porvenir. Elena no puede dar la espalda a una amiga como Chesca.

PERSONAJES

ELENA BLANCO: Hasta hace poco más de un año, el plan perfecto para la inspectora Blanco, jefa de equipo de la Brigada de Análisis de Casos, era ir al karaoke y anestesiarse a base de grappa, conocer a un hombre y acostarse con él en un todoterreno en el aparcamiento de la plaza Mayor. Ahora, las cosas son distintas. Ha cerrado el capítulo de la desaparición de su hijo Lucas, pero ese dolor no desaparecerá nunca, y tampoco ayuda estar cerca de la BAC y la crueldad de sus casos. Solo la desaparición de Chesca logrará que deje a un lado las fiestas de recaudación de fondos de su madre y regrese a sus dominios al frente de la brigada «de manera provisional», insiste. Vuelve a regañadientes a la oscuridad de los asesinatos, a las hipótesis y las carreras contrarreloj y también a Zárate, por quien siente algo más fuerte de lo que está dispuesta a reconocer.

«Tal vez, en el fondo, su madre tenga razón. Tal vez prefiere aferrarse al dolor en lugar de elegir las cosas que le podrían hacer feliz.»

ÁNGEL ZÁRATE: A Zárate, el brutal asesinato de la novia gitana le cambió la vida. No solo pasó de ser policía de barrio en Carabanchel a incorporarse como subinspector en la mítica BAC, sino que eso le permitió conocer a la inspectora Blanco. Duro y comprometido con su trabajo, Zárate sigue las enseñanzas de su mentor, Salvador Santos: una de ellas, que al asesino hay que ponerlo entre rejas «como sea». En eso choca con Elena, aunque por lo demás la conexión es evidente desde el primer instante. El problema llegó cuando entre ambos el sexo se convirtió en algo más que solo sexo y Elena salió huyendo, tras la debacle que supuso el caso de la Red Púrpura. Ahora Zárate está con Chesca, aunque eso no implica que la haya olvidado.

«—¿Cuánto podemos soportar, Elena? [...] Cada caso... es como si nos arrancaran un trozo de alma. Llegará un día en que no nos quede nada.»

CHESCA OLMO: De puertas afuera, Chesca es la más dura de la BAC, la policía de acción perfecta. Reclutada por la propia Elena desde Homicidios, lo mismo hace carreras sobre su CBR 500R, que se busca nuevas enemistades entre los otros departamentos, «como si el resto del mundo fuera su contrincante y la BAC, su familia». Chesca, que ha coordinado la brigada el último año, daría la vida por cualquiera de sus compañeros, pero no se abre a nadie. Reservada, amarga, inteligente, competitiva, no quiere mostrarse vulnerable, y menos aún ante Zárate. Se repite que van por libre, nada de ataduras, ¿quizá sea hora de comprometerse? Eso, si no es ya demasiado tarde: secuestrada, tendrá que recurrir a toda su fortaleza e ingenio para seguir viva.

«Era un búnker. Su actitud, su carácter, daban la sensación de una extrema fortaleza y hacía impensable creer que, por debajo, había otra cosa.»

BUENDÍA: El forense de la BAC lleva años trabajando con Elena, tantos como Chesca y Mariajo; la inspectora le fiaría su vida si fuera preciso, «aunque espera que no lo sea: a Elena no le gusta dejar nada importante en manos de nadie que no sea ella misma». Metódico, de carácter tranquilo, con gusto por el detalle y muchos años de oficio a la espalda.

MARIAJO: A sus más de sesenta años, Mariajo es una inusual experta en informática, extremadamente competente: estudió Matemáticas Exactas e Informática, y le gusta aconsejar remedios de toda la vida para el catarro o el dolor de cabeza, o llevar bizcochos para sus compañeros, pero también crear *fake news* que expande por prensa. Si hace falta encontrar algún dato, es la persona perfecta.

RODRIGO ORDUÑO: Fuerte, noble, optimista, Orduño procede de los Geos. Hijo único, buen estudiante y deportista, hace tiempo que se quedó huérfano, pero encontró una familia en la brigada, sobre todo con Chesca, su mejor amiga. Aun así, no comparte con nadie cómo le afecta el contacto con esta violencia extrema, ni su ludopatía, y ha sentido la soledad demasiado a menudo. Creyó salvarse gracias a Marina, pero la realidad de quién era esa chica le explotó en la cara; de todos modos, sigue pensando que tal vez es posible un futuro con ella. Aunque ahora su única meta es encontrar a Chesca con la ayuda de su nueva y extraña compañera.

REYES RENTERO: La última incorporación de la BAC se une al grupo en su momento más bajo. Es sobrina del comisario Rentero, y odia que la traten distinto por eso. Reyes no admite etiquetas: de aspecto andrógino y género fluido, adapta su exterior a su estado anímico, y no rehúye los extremos de su identidad. Hace tiempo decidió liberarse y no duda en mostrarse tal como es, sin máscaras: espontánea, cercana, auténtica; a veces femenina, a veces masculina —aunque «no logra ocultar que es una mujer muy bella»—. «Soy Reyes», le gusta decir, «nada más».

JULIO: Se acerca a Chesca bajo el disfraz de un profesor de colegio, un encuentro casual en la noche, sin más propósito que el sexo. Alto, fuerte, con buena planta, veintitantos años, su historia real es bien distinta. Criado en una granja de cerdos junto con Antón y los dos hermanos de este (Casimiro y Serafín, salvajes y retrasados ambos: más cerdos que hombres), aprendió a vivir en un mundo de muerte y violencia. Julio es un hombre cruel, inteligente, un psicópata, y ahora es además el carcelero de Chesca.

LA NENA: Con siete u ocho años, rubia, de pelo largo y menuda, inocente en apariencia, la Nena es como un espejismo. Se presenta ante Chesca (entre el dolor, la rabia y el miedo) con su gata y un vestido de nido de abeja, sin dar muestras de extrañeza. ¿Es una posible ayuda o lo contrario?

«—¿Quién eres? —pregunta débilmente [Chesca].
—Soy la Nena.»

EXTRACTOS

«El bar está lleno, los clientes son españoles en su mayoría, pero también hay grupos de chinos y algún turista distraído. La decoración, eso sí, es completamente asiática: lámparas y colgantes coloridos con exóticas letras chinas y un muñeco de esos que parecen un gato y mueven el brazo en señal de saludo. Por debajo de todo eso queda el bar de siempre, de los de barra de estaño y mesas de formica, de los que tendrían ceniceros de Cynar o de Martini si todavía se permitiese fumar. Los vecinos de Usera ya se han acostumbrado a vivir en un lugar al que en otras ciudades se llamaría Chinatown.

A Chesca no le importa que en este bar, que en tiempos llevaba Paco, un segoviano al que conocía desde que llegó al barrio, haya esos letreros en chino y hasta un Buda junto a la caja registradora. El camarero de ojos rasgados que atiende ahora le sirve los mismos cafés descafeinados manchados, las mismas cañas bien tiradas y unos callos a la madrileña que superan los de los mejores tiempos. Tiene un nombre impronunciable, así que, para los clientes españoles, ha heredado el del primer dueño del bar: Paco. Además, Paco, aunque sea chino, es del barrio, habla español como cualquiera.

—Paco, dame una lata de cerveza para llevar y dime qué te debo.

—Hoy estás invitada, ¿no te quedas? Todavía no empieza la fiesta.

—Me voy a casa, que tengo conjuntivitis y ni siquiera tenía que haber bajado. Solo he venido para desearte feliz año del cerdo.

—Gracias, pero yo he nacido en Madrid, en La Milagrosa. Para mí el fin de año es en Nochevieja... Esto son cosas de chinos —se ríe.

Chesca se quedaría más tiempo para disfrutar del ambiente, pero el bar está atestado y a ella le escuecen los ojos. Además, mañana se tiene que levantar temprano, está citada como testigo en los juzgados de la plaza de Castilla por el caso de una red de trata de blancas que ha desmantelado la Brigada de Análisis de Casos. Son las obligaciones que debe atender por ser la coordinadora de la BAC —solo coordinadora, no jefa, como le repite siempre Rentero—. La discusión que ha tenido hace un par de horas con Zárate tampoco le ha dejado cuerpo de fiesta. Pensaba que iban a cenar juntos, pero él se ha largado con sus amigos y le ha dado plantón. Ni la misma Chesca entiende por qué se ha enfadado tanto con

él: son adultos, que cada uno haga lo que le dé la gana. Y sin embargo...

Antes de salir del bar, se aparta y cede el paso a un grupo de hombres disfrazados de dragón y que bailan al ritmo de la música que marcan los tambores y una especie de pandeteras. No sabe cómo van a caber todos en el local, pero los de dentro les hacen sitio; ya le dijo Paco que cuanto más alegría y más alboroto, mejor suerte tendrían para el año que entra.

La calle también está abarrotada, pero encuentra un lugar tranquilo en el que se pone el colirio que le recomendó esta tarde Buendía para los ojos. Abre la lata de Mahou y le pega un largo trago mientras mira los disfraces y escucha la música, los aplausos y los petardos. Se le acerca entonces un hombre, es español, pero le habla en chino.

—Zhuniáng Jíxiáng.

—No he entendido ni una palabra —le contesta ella sonriente.

—Pues espera, que te lo repito —tiene que coger un papel que lleva en el bolsillo y volverlo a leer—. Zhuniáng Jíxiáng.

—¿Y qué quiere decir?

—Un chino me acaba de prometer que así se dice buena suerte para el año del cerdo. Pero vete tú a saber, lo mismo quiere decir rollitos de primavera o cerdo agridulce, estaría bien: feliz año del cerdo agridulce. Me llamo Julio.

—Yo Chesca.

Se dan dos besos, formales. Chesca se fija en Julio, es alto, fuerte y bien plantado, aunque va vestido de una manera un poco antigua, con una trenca verde con el forro naranja. Podría decirse que es un hombre guapo, además le ha parecido que tiene sentido del humor.

—¿Vives por aquí? —le pregunta ella, extrañada de no haberse cruzado nunca con él. Madrid es muy grande, pero en los barrios, los madrileños tienen la falsa sensación de que todo el mundo se conoce.

—No, soy nuevo en Madrid. Profesor de instituto, me han dado plaza en uno muy chungo en el barrio —Julio se arrepiente enseguida de lo que ha dicho—. Perdón, ahora me dices que tú estudiaste en ese instituto y me da algo.

—No te preocupes. Yo llegué a este barrio ya de mayor. Y, además, fui a las monjas.

—No sé qué es peor.

—Las monjas —se ríe Chesca.

Le compran cuatro latas de cerveza y una bolsa de patatas fritas a un vendedor ambulante chino y se acercan a la plaza de Julián Marías. Allí, en el lado contrario a la calle de Marcelo Usera, donde hierve la fiesta del fin de año chino, hay unos bancos tranquilos en los que se pueden sentar.

—Lo que yo les digo a los chicos es que si están allí, en clase, es porque han elegido llevar una vida distinta a la de los que se quedan en la calle, a la de los que van al parque de Pradolongo a pasar el día entre cervezas, porros y pastillas.

Ella no está de acuerdo, pero teme empañar el principio de seducción con una discrepancia muy marcada. Así que opta por una protesta tibia.

—¿Tan malo es ese instituto? Yo soy casi del barrio y no lo veo tan chungo, es un sitio difícil, pero no es el peor de Madrid, ni mucho menos.

—Quizá haya cambiado desde que tú estudiaste... Yo les insisto en que deben

tener la cabeza bien alta por seguir en clase, porque esa ha sido su elección.

A Chesca le sorprende lo que le cuenta Julio: está apropiándose de una escena de Michelle Pfeiffer en *Mentes peligrosas*. Hasta podría decir la frase exacta de la película: “No me esconderé de la muerte, cuando vaya a la tumba iré con la cabeza alta y el espíritu fuerte, siempre hay elección”. Pero le hace gracia, quizá ese chico guapo y un poco redicho considere que repetir la frase de una película es una buena forma de ligar. A ella le viene bien un poco de distracción, necesita olvidarse por un rato del trabajo en la BAC, del juicio al que tiene que ir mañana y de su enfado con Zárate. Necesita vaciar la mente y el chico parece un buen candidato para un desahogo, de manera que detiene su parloteo con un beso.

—¿Vives lejos? —le pregunta.

—Un poco —contesta él, más aturrido que ansioso.

—¿Has traído coche?

—No, he venido en metro.

—Vamos en mi moto.

Sería más cómodo subirlo a su casa, pero no le apetece, no sea que al final Zárate suspenda su quedada con los amigos, se presente y la encuentre en la cama con un hombre al que acaba de conocer. Mejor no arriesgarse.

Llegan en su moto hasta la plaza de las Comendadoras, aparcan allí y suben a un apartamento muy pequeño. A Chesca le escuecen los ojos, así que entra en el baño y se pone el colirio. Le llama la atención que no haya objetos personales en el lavabo o en las repisas de cristal, pero no se para a pensar, solo quiere tener sexo, es la primera vez en mucho tiempo que lo

va a hacer con alguien distinto a Zárate y siente un cosquilleo por la espalda.

Julio la espera con una botella de vino abierta y una copa servida. Se ha quitado la camisa y a Chesca le gusta lo que ve. Nada más brindar empiezan a besarse. Él es diestro con las primeras caricias, con las primeras maniobras para desnudarla. Parece que quiere imponer un ritmo lento, pero Chesca se desnuda de golpe porque prefiere un polvo rápido y volver a su casa. Lo empuja contra la cama y al sentarse sobre él nota un mareo muy fuerte. Se tumba, él la abraza, la besa y ella se deja llevar mientras su cabeza le dice que algo va mal... Él baja con la boca hacia su sexo y el mareo de Chesca se confunde con una oleada de placer. Entrecierra los ojos, pero los abre de nuevo porque una sombra ha cruzado por la habitación. Está segura de haberla visto. Sobre su consciencia debilitada se posa una sensación aterradora: no está sola con Julio en ese lugar. Unos gruñidos la alertan. No son los de Julio, vienen de otro punto del dormitorio. Abre los ojos y ve una silueta que recorta la luz de las farolas: hay un hombre apoyado en el quicio de la puerta, mirando la escena como si nada. Y, al pie de la cama, dos cabezas presencian cada movimiento con la fijeza de los hipnotizados.

Chesca quiere resistirse, huir, pero sus músculos y su voluntad ya no responden.»

«Dos gatos aúllan de forma lastimosa al otro lado de la puerta. Orduño y Reyes esperan a que el cerrajero de la policía abra la cerradura. Les suenan las tripas, al final no han tenido tiempo de comer

nada. Buendía les ha informado de las novedades, la orden que el juez Oncina ha dictado al fin, las prisas por verificar si Yolanda Zambrano está detrás del secuestro de Chesca o su desaparición la convierte en una víctima.

La casa huele a pis y está llena de pelusas. Los gatos están delgados y nerviosos. Han tenido la suerte de que un grifo ha quedado medio abierto, soltando un hilo mínimo de agua, suficiente para mantenerlos con vida. En la cocina hay un saco rajado con restos de pienso.

En las paredes hay retratos de Yolanda, una mujer de unos cuarenta años. La cama del dormitorio está sin hacer, una almohada retorcida tras una noche de desvelo, quizá. Las sábanas arrugadas, la punta del edredón rozando el suelo. Los armarios están llenos de ropa. El cuarto de baño es el de una persona que contaba con volver a su casa: útiles de aseo por todas partes, una crema facial con la tapa abierta. Reyes reprime el impulso de coger un poco con un dedo, de oler la crema, extenderla por la piel de la cara, que se le está resecaando con el frío y con la falta de sueño.

—Si el juez quiere saber si esta mujer es una secuestradora o una víctima, creo que la respuesta es evidente —dice Reyes.

—¿Por qué lo tienes tan claro?

—No se ha llevado su ropa, no se ha llevado el aseo, hay una nota pegada con un imán en la nevera que es un recordatorio de una cita médica. ¿Sigo?

—No olvides que alquiló un apartamento en el que Chesca estuvo la noche que desapareció.

—Alguien pudo alquilarlo con su tarjeta. Su secuestrador.

—Puede ser. Pero también pudo haberlo ella. Secuestró a Chesca y ahora la tiene cautiva en algún lugar, por eso no ha vuelto a casa. O mejor dicho, sí ha vuelto.

Orduño consigue intrigar a Reyes.

—¿Ha vuelto?

—Al menos una vez. Para alimentar a los gatos. Les ha traído pienso para varios días y ha dejado un grifo abierto, solo un poco, lo justo para que beban y para que no se inunde la casa.

—Eso puede haberlo hecho el secuestrador.

—¿Qué es más lógico: un secuestrador con conciencia gatuna o que la dueña de los gatos se preocupe por ellos?

Reyes gruñe en una muestra de contrariedad.

—Puede que tengas razón, Reyes, pero no lances hipótesis tan a la ligera. Solo sabemos que el apartamento de Amaniel se pagó con la tarjeta de Yolanda. Y que está desaparecida. Puede ser una prófuga de la justicia o una víctima. Las dos opciones están abiertas.

Inspeccionan el resto de la casa, pero nada arroja una luz reveladora del tipo de persona que era Yolanda. Según Mariajo, en su perfil de Facebook ha llegado al límite de los cinco mil amigos. Y, sin embargo, nadie parece echarla de menos. Nadie ha denunciado su desaparición. Las fotografías de la pared, en las que nadie la acompaña, la decoración impersonal, la despensa mal surtida, todo apunta al perfil de una mujer solitaria.

—Como Chesca —resume Reyes.

A Orduño le sorprende, no tiene a Chesca por una mujer solitaria.

—Vivía sola, en un apartamento im-
personal, su vida era la brigada y estaba
liada con un compañero al que ni siquie-
ra había dado las llaves de casa. Tú eras
su gran amigo y no sabías que tenía una
hija fruto de una violación cuando tenía
catorce años. Apenas se relacionaba con
su hermana y a sus padres no los visitó ni
en el velatorio. Si quieres sigo contándote
por qué digo que era solitaria.

—No, no, tal vez tengas razón. Pero
a mí siempre me ha parecido una mujer
con una vida muy rica.

Ahora, la sensación de Orduño es ex-
traña: ha estado al lado de Chesca mu-
chos años, han compartido momentos
muy difíciles y, de la misma forma que él
sí ha confiado en ella para hablar cuestio-
nes íntimas, ella jamás ha enseñado nada
de su vida personal. Era un búnker. Su
actitud, su carácter, daban la sensación de
una extrema fortaleza y hacía impensable
creer que, por debajo, había otra cosa.

—Todos nos ponemos máscaras, in-
ventamos personajes con los que prote-
germos —dice Reyes—. Yo decidí hace
tiempo liberarme y por eso ya no dudo
en mostrarme tal como soy: a veces feme-
nina, a veces masculina.

—¿Ese es el género fluido del que me
hablabas?

—Sí, pero no es solo la ropa o el maqui-
llaje. También mi actitud cambia. A veces
me siento mujer y a veces hombre. No
tengo definida mi identidad sexual.

Orduño la mira sin entender nada.

—Eres la compañera de trabajo más
rara que he tenido nunca.

Llama a la BAC para contar el resul-
tado de la inspección de la casa: no hay
señales de violencia ni de una fuga pre-

cipitada de Yolanda Zambrano. Hay dos
gatos en mal estado, pero alguien se ha
preocupado de alimentarlos.

—¿Dos? Debería haber tres —es Ma-
riajo quien está al otro lado del teléfo-
no—. En las fotos de Facebook salen tres
gatos. Y son fotos recientes.

Orduño y Reyes buscan al tercer gati-
to. Podría estar escondido debajo del sofá
o de la cama. Pero no. En la casa solo hay
dos gatos. Un misterio que no se ven ca-
paces de resolver.

La preocupación en la BAC por la
vida de Chesca ha subido un grado. Hay
que buscarla sin desmayo. No debería ser
tan difícil dar con un hombre muy gor-
do, casi calvo, de dientes saltones y mal
olor. Dan la descripción de ese hombre
a algunos vecinos, pero a ninguno parece
sonarle. Desanimados, Orduño y Reyes
vuelven al Juanfer y piden unas raciones.

—Género fluido —dice Orduño.

—Sí.

—O sea, que no puedo saber si estoy
con una mujer o con un hombre.

—Exacto.

—¿De qué depende? ¿De cómo te le-
vantes?

—No es tan fácil —dice Reyes—.
A veces cambio de un minuto a otro.

—Venga ya, ahora me estás toman-
do el pelo. ¿Puedes empezar a tomarte el
morteruelo que hemos pedido como una
mujer y al terminarlo ser un hombre?

—Es aún peor —pone con una mue-
ca divertida—. Imagínate que follamos.
Podrías estar follando con una mujer y
antes de que te corras estar follando con
un hombre.

Orduño la mira, muy serio.

—Prefiero el ejemplo del morteruelo.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La Nena* es una novela que incluye momentos escabrosos, morboso, con una violencia que nos hace volver la cara e incluso puede revolvernos el estómago. ¿Qué os ha parecido? ¿Por qué creéis que nos interesa lo prohibido?
2. Al leer la novela, uno puede sentirse tentado a pensar que solo puede alcanzarse la redención a través del castigo. Al menos eso es algo que les ocurre a los personajes principales y, desde luego, a algunos secundarios. ¿Podéis nombrar a quiénes le pasa esto? ¿Pensáis que la redención se puede alcanzar en las novelas de Carmen Mola de otra manera?
3. Muchos lectores dudan de si Carmen Mola es realmente una autora oculta bajo un pseudónimo o bien es un escritor conocido. Más allá de esta polémica, ¿os parece que la escritura de *La Nena* puede ser la de una mujer o un hombre? Por qué? ¿Acaso creéis que las mujeres y los hombres escriben diferente o somos también víctimas de los estereotipos?
4. *La Nena*, como todas las novelas de Carmen Mola y muchos *thrillers* actuales, explota con éxito la pregunta más importante del arte de la narración, que nació con la tradición oral: «¿Y qué pasó después?». ¿Cómo os ha afectado esta técnica al leer la novela?
5. Una de las cuestiones que se ponen de manifiesto en la novela es la impunidad que puede acompañar a ciertos delitos. Por ejemplo: el asesinato de mujeres dedicadas a la prostitución puede pasarse por alto, ya que se trata en muchos casos de personas a las que no va a echar de menos una familia o con un círculo social marginal o muy reducido. ¿Qué os parece la importancia que se le da, tanto en los medios como en la policía?

6. En la novela se tratan muchas cuestiones que suceden en ambientes rurales, y que tienen una repercusión distinta entre la sociedad local a las que suceden en las ciudades. ¿Cuáles de ellas podéis identificar en la novela? ¿Conocéis casos similares en vuestra experiencia anterior?
7. Elena Blanco (y Zárate, dicho sea de paso) siguen tocados por el desenlace de la anterior aventura en *La Red Púrpura*, que tuvo consecuencias emocionantes para sus principales protagonistas. ¿Qué os ha parecido la evolución de su actitud a lo largo de la novela, y cómo cambia su implicación con el caso y con la brigada en general?
8. Ángel Zárate, uno de los personajes principales de la mítica BAC está en este caso presente, pero desde la distancia, de una manera muy diferente a lo que ha estado en las anteriores novelas. ¿Cómo habéis percibido su papel en paralelo la mayoría de la novela?
9. Chesca se ve sometida a una situación terrible, angustiosa, que termina en desastre. Pero también es una mujer que había iniciado un camino saltándose normas y cruzando líneas prohibidas, y más para un agente del orden. ¿Pensáis que es víctima o verdugo? ¿Qué relación puede haber entre ambas caras del personaje?
10. Chesca, Zárate y Elena Blanco forman una especie de triángulo amoroso, pero en esta historia y de manera muy curiosa, se trata de un triángulo que sucede en la distancia, y que se va estrechando hasta que confluye al final de manera explosiva. ¿Cómo crees que ha afectado esto a sus protagonistas?
11. ¿Qué os parece el personaje de Reyes, una mujer bandera, que además es la sobrina del comisario Rentero, pero que sin embargo no está dispuesta a ser una mujer florero ni que le hagan favores? ¿Qué opináis de la manera en la que ha encajado en la BAC?

12. El personaje de La Nena puede resultar inquietante, o incluso perturbador. ¿Por qué creéis que es así? ¿Qué aspectos del personaje os han descolocado más?
13. En la novela hay varias subtramas donde aparecen diversas cuestiones muy truculentas, que nos producen una instantánea fascinación a pesar de ser horribles. Hablamos del trato de personas con discapacidad, de los casamientos forzados y por conveniencia, del canibalismo, de los trapicheos (en este caso farmacéuticos) por gente conchabada con fines deleznable. ¿Cuál os ha interesado más?
14. ¿Os parece una novela con un ritmo especialmente eléctrico y vigoroso? ¿Habéis tardado menos en leer la novela de lo habitual? ¿Sería una novela que recomendaríais?
15. ¿Habéis leído las otras novelas de Carmen Mola? ¿Qué relación creéis que hay entre ellas, y cómo pensáis que podrá ser una cuarta novela? ¿Cómo han evolucionado los personajes del equipo policial a lo largo de las tres novelas?

LA AUTORA

CARMEN MOLA es el misterioso seudónimo con el que tres autores —Antonio Mercero, Agustín Martínez y Jorge Díaz— decidieron firmar su primera novela escrita a seis manos, sin darse a conocer públicamente. *La novia gitana* (Alfaguara Negra, 2018) inauguró la serie protagonizada por la inspectora Elena Blanco, convertida en un fenómeno de ventas y de crítica, por lo que

Carmen Mola fue llamada «la Elena Ferrante española» (*El País*). Traducida en más de quince países y con una adaptación a la televisión inminente, la serie se completó con otras dos entregas igualmente aclamadas: *La Red Púrpura* (2019) y *La Nena* (2020). Alfaguara Negra publicará en 2022 la esperada cuarta entrega de la serie Elena Blanco, titulada *Las madres*.

LA CRÍTICA HA DICHO

«¿Quién es Carmen Mola? ¿Acaso importa? Sus novelas atrapan con una originalidad que nos somete y nos hace desear más, mucho más, cuando, horrorizados, nos damos cuenta de que estamos ya en la última página.»

Jordi Llobregat, director de Valencia Negra

«La novela negra o muta o se ensimisma. Carmen Mola, la escritora mutante. Lo peor de ella, que no la puedes invitar a un festival.»

Carlos Zanón, director de BCNegra

«Absorbente. De los *thrillers* más fascinantes y mejor escritos que haya visto en España en los últimos años, con una protagonista femenina realmente poderosa y original que encaja a la perfección con lo que el lector espera hoy en día. ¡Un fabuloso despegue hacia una increíble nueva serie de novela criminal!»

Britta Claus, editora de Penguin Verlag Taschenbuch (Alemania)

«Desde la primera página, Carmen Mola, quienquiera que sea, demuestra tener una voz propia, y eso, en el género negro y fuera de él, ya es mucho, quizá la mitad de todo. O más.»

Lorenzo Silva, director de Getafe Negro

«Escalofriante y terriblemente ingeniosa. Nace un nuevo personaje en la escena policiaca: ¡Viva la maravillosa Elena Blanco!»

Alzira Martins, editora de Actes-Sud (Francia)

«Un potente *thriller* [...] con una narración detallista en la que el tratamiento de la violencia recuerda por su crudeza y originalidad al estilo de Pierre Lemaitre o Víctor del Árbol.»

Ana Belén García Flores, RTVE

«Con capítulos cortos, una dosificación de la intriga, y un estilo eficaz que contribuyen a una absorbente lectura. Y, si cabe, un aumento de la dureza y la violencia de la historia, [...] la inspectora Elena Blanco y sus compañeros de la Brigada de Análisis de Casos (BAC), se han hecho ya un hueco en primera línea de los investigadores, que en su lado femenino, tuvieron como precursora a Petra Delicado.»

Luisa Martínez, *El Imparcial*

«La intriga es anterior a todo, pues ya hay mucha en firmar con pseudónimo y mantener velada la propia identidad. ¿Quién es Carmen Mola? Una autora sin rostro y acaparadora de lectores; tan literaria en sí misma como su Elena Blanco, un personaje ya de trilogía. [...] Amenaza, desaparición y búsqueda, tres estaciones de *La Nena*, incluso de Carmen Mola. Los mejores misterios son los de las aventuras de verano.»

El Mundo

«Un verdadero descenso a los infiernos para esta brigada, enfrentada a una trama compleja y truculenta en la que no faltarán temas de interés garantizado.»

Pilar Castro, *El Cultural*

